

Globethics Repository

The logo for Globethics, featuring the word "Globethics" in white sans-serif font centered within a solid blue rectangular background.

La etnicidad politizada [The politicized ethnicity]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see <https://www.globethics.net>. Data and content policy of Globethics Repository see <https://repository.globethics.net/pages/policy>.

Item Type	Article
Authors	Tetzlaff, Rainer
Publisher	Fundación Friedrich Ebert (FES)
Rights	Creative Commons Copyright (CC 2.5)
Download date	2026-07-08 15:51:38
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/220254

La etnicidad politizada. Una realidad del Africa poscolonial*

Tetzlaff, Rainer

Rainer Tetzlaff: Catedrático del Instituto de Ciencias Políticas de la Universidad de Hamburgo.

El estallido de tensiones y conflictos étnico-sociales es independiente de la riqueza social de una nación. La violencia con acento étnico ocurre con frecuencia precisamente en aquellos países que son muy pobres en recursos, tales como Etiopía, Sudán, Somalia, Chad, Mozambique, Rwanda y Burundi. Frecuentemente esto comienza con actos individuales de violencia contra las instituciones del Estado y puede convertirse en largas luchas y guerra civil. Está claro que el fenómeno de la etnicidad politizada es un problema global, ya que en todas las sociedades multiétnicas que se han organizado (real o supuestamente) en Estados nacionales existen fuerzas políticas centrífugas paralelas a las identidades étnicas.

Por una amplia gama de razones, aún existen conflictos políticos violentos entre diferentes grupos étnicos en casi todas partes del mundo. No se puede señalar en este aspecto una diferencia fundamental entre los países industrializados y aquellos en vías de desarrollo. Los conflictos civiles en los países industrializados de Europa y de América del Norte nos advierten sobre el hecho de que la riqueza creciente no conduce necesariamente a la erradicación de formas aparentemente irracionales de articulación entre intereses políticos y culturales, aun cuando ciertamente disminuya su frecuencia e intensidad. No podemos, por tanto, calificar a priori los conflictos étnico-políticos potencialmente beligerantes de la segunda mitad del siglo XX como un anacronismo; es decir, considerarlos como una forma premoderna de conflicto o inclusive como una incómoda reliquia de tiempos pasados; más bien, deberían catalogarse como una posibilidad universal para la solución de conflictos entre grupos sociales, allí donde los mecanismos de integración basados en la aplicación de la ley han fracasado.

El término 'conflicto' ha sido interpretado de varias maneras por distintos sociólogos. En el contexto de este artículo, se entiende como conflicto político a la articulación de diferentes intereses de grupos organizados en la competencia por bienes escasos. En una sociedad jerárquicamente estructurada, se debe considerar como natural y legítima la existencia de conflictos. Para asegurar que ese conflicto «natural» de intereses (por ejemplo, entre generaciones o entre mayorías y minorías electorales) no llegue a producir choques violentos o hasta una guerra civil, se necesitan medios civiles pacíficos que regulen los intereses en competencia y las demandas legítimas. Actualmente, sólo un Estado secular liberal que ostente el monopolio del poder y que esté fundamentado en el imperio de la ley puede garantizar esa función. Cuando esa función reguladora de conflictos falla, o si la sociedad como un todo es incapaz de acordar normas que comprometan a las partes en cuanto a la competencia de intereses y el arreglo de conflictos, entonces se torna probable la prosecución de intereses por medios violentos. El grupo étnico se transforma así prestamente en el instrumento, o el escudo, de intereses de grupos políticos.

La etnicidad politizada disminuye primero que nada los costos organizativos y, en segundo término, otorga a las exigencias políticas de un grupo dado el sello de la justicia social, al menos entre los miembros de la etnia. Si en el centro de los conflictos étnico-sociales se encuentran inquietudes sociales en disputa, dentro de las cuales la etnicidad constituye la forma funcional, entonces se trata en esencia de un conflicto de clases con un manto étnico, para el cual la palabra clase no debe tomarse en su acepción marxista sino más bien en el sentido anglosajón; es decir, como un conjunto de tensiones sociales entre grupos con diferentes niveles educativos, ocupacionales y de ingresos.

Los conflictos étnico políticos en Africa

En las sociedades africanas con tensiones sociales capaces de estallar como conflictos étnico-sociales en situaciones críticas (catástrofes naturales, elecciones parlamentarias, distribución de escasos recursos de auxilio) se presenta, en forma característica, un segundo nivel de conflicto: el conflicto horizontal de intereses entre el centro político, que incluye la ciudad capital, y las regiones periféricas. Particularmente en los grandes estados africanos (Sudán, Nigeria, Mauritania, Chad, Zaire, Namibia, Sudáfrica, Angola) este segundo tipo de conflicto étnico-social tiene un papel predominante. Hay tres objetivos principales de los grupos étnico-sociales de la periferia: 1) mayor participación en las cuotas de poder e ingresos estatales; 2) o lo contrario: la separación de una región del seno de la unión estatal - generalmente ocurre en aquellas regiones periféricas que son ricas en recursos naturales y no

quieren compartir su riqueza con el centro -; 3) el mantenimiento de la identidad aborigen en lo cultural, lingüístico o religioso, en oposición a la penetración externa. Los numerosos factores que actúan como detonantes de las escisiones étnico-políticas pueden agruparse en cuatro categorías: 1) la distribución políticamente injusta de los recursos y las posiciones de poder; 2) la carestía, por factores ecológicos, de ambientes económicamente productivos - problema exacerbado por el crecimiento de la población -; 3) la intolerancia religiosa y el adoctrinamiento cultural por parte de la clase gobernante; y 4) los intentos políticos de revisar los tratados y límites que se consideran injustos.

Sin embargo, estas diferencias no deberían ser vistas como determinantes para una acción política militante. Cualesquiera sean los acontecimientos detonantes, el conflicto étnico manifiesto es una señal de la carencia de instituciones cívicas que provean una distribución aceptable de recursos y oportunidades para el desarrollo autónomo de esos grupos, dispuestos y aptos para el conflicto, dentro de una comunidad organizada de mayor tamaño (el Estado nación). En este sentido, debe considerársele como un molde para una posible guerra civil (ver abajo).

El estallido de tensiones y conflictos étnico-sociales es independiente de la riqueza social de una nación. La violencia con acento étnico ocurre con frecuencia precisamente en aquellos países que son muy pobres en recursos, tales como Etiopía, Sudán, Somalia, Chad, Mozambique, Rwanda y Burundi. Frecuentemente esto comienza con actos individuales de violencia contra las instituciones del Estado y puede convertirse en largas luchas y guerra civil. Está claro que el fenómeno de la etnicidad politizada es un problema global, ya que en todas las sociedades multiétnicas que se han organizado (real o supuestamente) en Estados nacionales existen fuerzas políticas centrífugas paralelas a las identidades étnicas. Se puede observar en la actualidad una tendencia hacia la disolución inminente o potencial, o a la reestructuración descentralizada, de Estados multiétnicos como la ex-Unión Soviética, Yugoslavia, la India, Etiopía o Sri Lanka.

Los conflictos étnicos violentos no aparecen de la noche a la mañana. Generalmente son más bien el último eslabón de una larga cadena de discriminación y esperanzas frustradas. La transición de las tensiones étnico-sociales latentes hacia la beligerancia aguda entre el Estado y segmentos étnicos de la sociedad se relaciona, en alto grado, con la combinación de dos factores: las crisis económicas - crisis de crecimiento y de endeudamiento - y la conducta políticamente inflexible de un gobierno incapaz de hacer reformas y que, por el contrario, emplea toda su energía en el mantenimiento del statu quo del poder político. La instrumentalización del Estado

como base exclusiva para la auto-exaltación de una minoría étnica, regional y social, colocada en el centro político, proporciona el caldo de cultivo perfecto para la politización militante de las rivalidades étnicas, especialmente en aquellos casos donde la generalizada crisis financiera y económica del Estado tornan pesimistas las perspectivas de una futura mejora de la posición de los grupos menos privilegiados en la lucha política por la distribución. Esta ha sido la situación en Sudán desde el comienzo de la década de los 80, cuando los discriminados del sur del país se alzaron en armas contra el poder central.

Debe señalarse, sin embargo, que en la mayoría de los 160 Estados de la moderna comunidad mundial, los conflictos étnicos agudos o militantes no han tenido (¿todavía?) un papel político protagónico en la vida de las naciones. Por el contrario, las cuatro décadas de la posguerra se han caracterizado por la coexistencia de grupos étnicos y nacionalidades, regulada, en mayor o menor grado, por un gobierno civil, aunque no siempre sin tensiones. Estados que son extremadamente heterogéneos desde el punto de vista étnico, tales como Zambia (anteriormente Rodesia del Norte con sus 72 grupos étnicos) o Costa de Marfil, aparentemente han sido capaces, hasta ahora, de encontrar un *modus vivendi* no beligerante entre los grupos y las diversas regiones - gracias al arte político de equilibrar las pretensiones étnicas de alcanzar estatus de Estado (ver abajo) - al menos mientras las dificultades económicas parecieron manejables.

Al mismo tiempo, es cierto que existe una creciente movilidad, en una gama que va desde los refugiados de guerra y de las catástrofes naturales hasta los migrantes de muchas regiones donde existen grandes disparidades en los ingresos de los Estados; esa movilidad ha conducido a un incremento en la virulencia de los conflictos étnicos y nacionales, simplemente porque los puntos de contacto y de fricción entre los grupos sociales se han ampliado. El proceso civilizatorio, tal como lo definió Norbert Elias, está todavía en plena marcha. Como consecuencia de la división internacional del trabajo y de la creciente comunicación entre las naciones, en la moderna comunidad mundial las cadenas de interacción e interdependencia entre los grupos sociales se han vuelto más largas y densas. Sin embargo, a medida que las desigualdades sociales en el nivel de ingresos y de oportunidades se incrementan en lugar de disminuir - principalmente en el sentido Norte-Sur, pero también dentro de los mismos Estados -, aumenta también rápidamente el potencial latente de explosiones políticas de acento étnico-social.

El nacionalismo disociador

Las enormes dificultades que los nuevos Estados de Africa y Asia han tenido y tienen que enfrentar para integrar en muy poco tiempo diversos grupos étnicos en un Estado unificado, con un gobierno central, se puede apreciar en Estados tales como la ex-Unión Soviética y Yugoslavia, que tienen una larga experiencia en procesos de formación del Estado y la nación.

La lección histórica que se puede inferir de esos acontecimientos en la ex-Unión Soviética, es que ni siquiera setenta años de socialismo y federalismo social han podido destruir, abolir o redefinir la identificación étnica (nacional) de los grupos poblacionales dentro de la Unión. En época tan reciente como 1986, el presidente reformista Mikhail Gorbachov le dio una elocuente expresión a la falsa ilusión de que la Unión Soviética había resuelto exitosamente el dilema nacional: la «cultura unificada» del pueblo soviético se fue desarrollando paralelamente a las «mejores actuaciones» y a las «tradiciones progresistas independientes» de los pueblos de la Unión Soviética. Pero poco tiempo después, el imperio soviético estaba al borde de la catástrofe política y económica, enfrentado demandas incontenibles de autonomía y separación, en algunos casos por parte de nacionalistas extremos. En numerosas ocasiones la ideología social soviética ha demostrado ser pura ilusión. El sueño de Lenin de una «familia de pueblos iguales», que uniría a muchas naciones, sigue siendo una utopía política. En su lugar, la liberación y reorganización de las «casi colonias soviéticas»¹ aparece como prioritario en la agenda política de los 90.

¿Se producirá un desarrollo similar en las ex-colonias europeas de Africa? ¿Hasta cuándo podrá la pragmática decisión de la Organización por la Unidad Africana dejar intactos los límites heredados, y tolerar que los pueblos estén separados por fronteras artificiales, en lugar de pronunciarse sobre una reorganización - potencialmente muy violenta - de los Estados, de acuerdo con límites «naturales» o «justos»? En estos momentos nadie puede responder estos interrogantes con algún grado de certidumbre. Sin embargo, ya existe una creciente demanda de participación política en el gobierno, en algunos sistemas que hasta ahora han sido muy autoritarios y jerárquicamente centralistas. Hasta en países africanos que han tenido largos períodos de gobiernos «socialistas» (de manera espectacular en Benin, Madagascar, Angola y Mozambique, pero también en Tanzania, el Congo, Argelia, Egipto, Zambia y Guinea) ha habido una erupción de pluralismo político con un acento étnico-

¹Mikhail Voslensky, Basado en G. Trautmann: Sowjetunion im Wandel. Wirtschaft, Politik und Kultur seit 1985, Darmstadt, 1989, p. 262.

regional. Puede anticiparse que esto conducirá - probablemente también en Zaire - a nuevos impulsos para fuerzas y movimientos centrífugos.

En forma realista, debe preverse también para Africa lo que ha sido un acontecimiento común en otras regiones del mundo que se encuentran en una etapa parecida de desarrollo económico y político: la formación de agrupaciones partidistas con énfasis en lo étnico y las tensiones y conflictos que se derivan de este hecho.

A partir de los forzados desplazamientos masivos de población durante y después de la Segunda Guerra Mundial, se tuvo la impresión de haber encontrado una solución (por desconsiderada que fuese con la dignidad humana) a los problemas de las minorías étnicas y las nacionalidades, y que, por lo tanto éstos habían pasado a ser problemas históricos. En 1948, las Naciones Unidas rehusaron incluir una referencia a la protección de las minorías étnicas en la Declaración Universal de los Derechos Humanos, después de que Eleanor Roosevelt, representante de EE.UU., declarara que «un problema en principio europeo no podría tratarse en una declaración de validez universal»².

Desde la actualidad, tal afirmación fue bastante desacertada. La protección de las minorías étnicas, religiosas o de otro tipo, se ha convertido ahora en un problema político de envergadura, un objetivo de las sociedades civiles que está lejos de resolverse. En Alemania, por ejemplo, aún después de varios años de residencia, los trabajadores extranjeros no tienen todavía el derecho a participar en elecciones locales. Asimismo, los líderes de las nuevas naciones de Asia y Africa, aduciendo razones de Estado, han evitado hasta ahora garantizarle a los grupos étnicos de oposición el derecho a la autodeterminación cultural y religiosa, así como el de reunión, de asociación, etc. No existe un consenso nacional sobre las reglas políticas de participación o de igualdad formal de derechos de grupos que difieren social y étnicamente. Un consenso de este tipo no surge repentinamente de la nada sino que es, en el mejor de los casos, un compromiso político y constitucional logrado después de largas luchas y campañas masivas de información.

Fue por lo tanto lógico que a partir de su independencia los «nuevos Estados» del Tercer Mundo experimentaran una fase de nacionalismo disociador³. En ellos se planteaba una brecha mayor que en ninguna otra parte entre el alegato político de

²Theodor Veiter: Nationalitätenkonflikt und Volksgruppenrecht im ausgehenden 20. Jahrhundert Die Entwicklung des ethnischen Konflikts, Vol. I, Bayrische Landeszentrale für Politische Bildung-sarbeit 2nd edn., Munich, 1984, p 90.

³Karl Deutsch: «Nation und Welt» en Winkler, Heinrich A. (ed.): Nationalismus, Königstein i. T., 2nd edn., 1985, p. 49-66.

la homogeneidad de la nación como una comunidad política unificada, y la realidad social representada, en este caso, por la heterogeneidad de grupos que difieren territorial, social y étnicamente, unidos más por la fuerza que por acuerdos voluntarios. En el caso de los Estados africanos, los «límites estatales» establecidos tienen un papel particularmente importante en este proceso, ya que ellos han favorecido decididamente al centro de poder del Estado a expensas de las demandas de participación social en la toma de decisiones. Los límites territoriales fijados en la era colonial - aunque absurdos para las poblaciones que muchas veces dividían - le proporcionaban una legitimidad inmerecida al gobierno poscolonial asentado en su capital artificial. Una vez que había sido elegido, se le reconocía internacionalmente como representante de un país soberano, sin haber tenido que hacer ninguna contribución a la integración de ese país para legitimar su mandato. Esta circunstancia, presente en el origen de los nuevos Estados, tuvo pronto consecuencias indeseables para el sistema de gobierno: se valoró más el control desde arriba que el consenso de las masas.

Para poder comprender mejor la importancia de la etnicidad en el África pos colonial, sería útil distinguir entre la forma y la sustancia de los conflictos étnicos. Los conflictos entre un segmento de la sociedad (como por ejemplo, los mineros) y el Estado (cuyo presidente puede provenir de otra región o de otro grupo étnico) pueden ser de naturaleza económica, como lo es la lucha por mejores salarios. Aun así, la forma de disputa política puede tomar rápidamente un matiz étnico, como ocurre cuando están cerca las elecciones parlamentarias. También lo contrario es cierto; los conflictos de intereses entre grupos étnicos se pueden desarrollar en un nivel político-ideológico, tal como ocurre en la disputa entre partidos en el parlamento, en público o en la prensa, aunque la sustancia del conflicto se relacione con asuntos de poder: por ejemplo, cuál grupo étnico va a tener cuántos miembros en el gabinete, o cuestiones similares.

El Estado constitucional moderno se basa en la competencia de los partidos y en el principio de la democracia representativa. La esencia del sistema reside en la participación en el poder para poner en práctica intereses e ideas, y esto se traduce en la obtención de la mayor cantidad posible de votos, es decir, en conquistar las mayorías para los partidos y sus representantes parlamentarios. Mientras la población sea homogénea, como ocurre en el Reino Unido, es posible que una estructura de dos partidos con un sistema electoral de mayoría simple conduzca a relaciones políticas estables. Difícilmente se puede considerar una coincidencia el hecho de que en todas partes de África el modelo parlamentario británico para la estructura del Estado haya colapsado o haya sido sustituido por inconveniente después de un

breve período. En vista de la inmensa heterogeneidad étnica y cultural africana, un sistema de dos partidos basado en el modelo británico no ofrece oportunidades equitativas para la participación de las minorías. ¿Se podría aplicar esta conclusión a los sistemas pluripartidistas en general?

Las brechas étnico-políticas se han desarrollado en el Estado federal multiétnico de Nigeria, pero también en sistemas pluripartidistas como los de Ghana, Sudán o Uganda. No pasó mucho tiempo antes que el respectivo grupo étnico en el poder sucumbiera a la tentación de abolir los derechos de participación representativa de los partidos contendientes y reclamara el monopolio del poder para sí mismo. Después de poco tiempo, la participación política sólo se permitió, si acaso, dentro del esquema de regímenes monopartidistas, en los cuales los conflictos étnicos, aunque no se eliminaban, podían mantenerse bajo control más fácilmente que en un régimen constitucional que supone la libre competencia de partidos étnicos.

Diversos jefes de Estado africanos usaron constantemente este argumento para justificar el sistema monopartidista frente a sus críticos. Sólo esta forma centralizada de gobierno podía garantizar la estabilidad política, evitaría el resurgimiento del «tribalismo» y permitiría que se produjera un proceso eficiente y de bajo costo para la formación del Estado, puesto que produciría un bajo nivel de fricción.

En modo alguno debemos desechar esta línea argumentativa por considerarla desechadas especialmente si se piensa en regímenes presidenciales relativamente estables como los de Tanzania, Zambia, Costa de Marfil, Gabón, Togo y Camerún. Pero la muerte histórica de esta forma de gobierno ya había sido anunciada hacia finales de la década del 80 por las aspiraciones democráticas de un gran número de oprimidos, quienes dejaron en claro - véase los actuales procesos de formación de sistemas pluripartidistas - que la segunda generación poscolonial debe elaborar un esquema totalmente nuevo para responder al planteamiento de la participación de los grupos étnicos en el proceso de formación de la nación y el Estado.

Antes de pasar a analizar con mayor detenimiento los logros y las deficiencias de los Estados poscoloniales, intentaremos definir con mayor precisión los conceptos de «grupo étnico», «tribu» y «raza», dentro del contexto histórico-político que aquí se plantea.

Grupo étnico y etnicidad politizada

Tal como ocurre con tantos conceptos del lenguaje político cotidiano, «grupo étnico» (o la «tribu», el pueblo) es un término que se aplica a un fenómeno muy indefinido, no delineado claramente; sabemos que existe, pero es difícil una precisión en esta materia, sobre todo cuando hasta los especialistas tienen dificultades para proporcionar definiciones claras y precisas.

En lenguaje coloquial, un «grupo étnico» es una interpretación cortés del vocablo inglés «tribu» o del alemán «Stamm», ambos términos peyorativos que los científicos sociales hacen lo posible por evitar, ya que algunos colonialistas europeos ven al «tribalismo» como la esencia de la actividad política en África. Sin embargo, la mera negación de un concepto «políticamente incorrecto» como el de tribu no resuelve el difícil problema de la definición. Es así como según el etnólogo Wolfgang Rudolf «ya se ha demostrado que han sido inútiles todos los esfuerzos por una definición precisa sobre qué es exactamente 'unidad étnica'. No se han podido establecer criterios objetivos de aplicación general para ese concepto, y ningún grupo representativo de especialistas, competente en la materia, ha podido alcanzar un acuerdo sobre alguna versión del concepto». En contraste con los llamados pueblos altamente civilizados, los grupos humanos que han sido objeto de análisis etnológicos podrían ser descritos como pueblos primitivos, culturas-sociedades analfabetas, culturas-sociedades preindustriales, pueblos, grupos étnicos, unidades étnicas y otros ⁴.

Tal comedimiento por parte de los etnólogos merece respeto. Su insistencia en la indefinible diversidad natural de los pueblos y las culturas toma debidamente en cuenta la compleja naturaleza del tema. Por otra parte, sin embargo, esto resulta desconcertante para el científico social que se esfuerza por lograr un enfoque multidisciplinario. ¿Cómo puede encontrarse una base para el análisis de la actividad política y la importancia de un fenómeno social cuya existencia está confirmada por la disciplina pertinente, si ésta nos asegura que es imposible una definición precisa? Esto podría dar pie a la (errónea) sospecha de que se está tomando una postura conciente para oponerse a aquellos que, a la manera de los gobernantes coloniales, intentan atribuir todos los problemas políticos de África al «tribalismo». Este punto de vista es sin duda tan impreciso como la opinión de que la etnicidad (o el «tribalismo») es una invención de extranjeros mal intencionados (neo colonias/imperialistas) con el objeto de que África luzca inmadura para la democracia

⁴ «Ethnos und Kultur» en Fischer, Hans (ed.): Ethnologie. Einführung und Überblick, Berlín, 1988, p.53.

y que la etnicidad sea vista como algo marginal o como una contradicción política accesoria. No se trata de nada de esto. Los ejemplos que se discuten abajo (Sudán, Zimbabwe, Mauritania, Senegal) y los 12 Estados africanos involucrados en guerras civiles en 1991, son evidencias de la enorme vitalidad e ímpetu político de las diferencias étnicas dentro del marco actual de condiciones de los procesos, potencialmente conflictivos, de formación de los Estados y las naciones.

La etnóloga y politóloga Kathrin Eikenberg ha intentado un enfoque que permite una definición contemporánea de etnicidad. En primer término, percibe un grupo étnico como una comunidad humana discernible de otras sobre la base de características claramente específicas. En contraste con los grupos de interés, un grupo étnico incluye miembros de todas las edades y de ambos sexos. Al mismo tiempo, debe ser lo suficientemente numeroso para que tenga la capacidad de reproducirse biológicamente. El grupo étnico forma un campo definido de interacción y comunicación, es decir que sus miembros generalmente tienen contactos más frecuentes y cercanos entre sí que con miembros de otros grupos étnicos. Para que un grupo étnico exista como unidad social, sus miembros deben reconocerse a sí mismos como tales y también deben ser vistos de esa manera por los miembros de otros grupos étnicos. El ser miembro de un grupo étnico debe también expresarse en características que sean externas o que al menos puedan reconocerse fácilmente y de las cuales los miembros deben estar concientes. Estas características distintivas pueden ser rasgos culturales (como indumentaria, estilo de vivienda, etc.), lengua, religión, así como características biológicas⁵.

Un rasgo constitutivo importante consiste en que los miembros de un grupo étnico creen que descienden de un ancestro común o fundador o de algunos orígenes comunes. Otras características que los distinguen y se emplean como factores delineantes, tales como la lengua, la cultura, la religión y la región donde residen, son variables. No necesariamente hay que demostrar la herencia común en cada caso individual. Esta puede ser ficticia en alto grado o incluso completamente. Lo importante es que se crea en ella. Resulta así que lo esencial es la naturaleza simbólica de los rasgos distintivos, ya sean éstos visibles o no. Los símbolos de este tipo determinan los «límites étnicos» entre un grupo y el ambiente «foráneo»⁶.

Es por lo tanto razonable afirmar que la etnicidad se desarrolla como una interacción entre la autoidentificación y la clasificación hecha por observadores externos.

⁵ K. Eikenberg: «Ethnische Konflikte in der Dritten Welt» en Deutsches Übersee-Institut Hamburg, Munich, 1987, p. 70.

⁶ Ver Fredrick Barth (ed.): *Ethnic Groups and Boundaries. The Social Organization of Cultural Difference*, Londres, 1970.

Desde la época de los antiguos griegos, los «grupos étnicos» eran agrupaciones humanas con una forma diferente de vida (extranjeros, no-griegos). En su sentido más amplio, la etnicidad puede considerarse actualmente como una dinámica actividad cultural. De acuerdo con la definición mínima hecha por Rudolph, la cultura constituye el «resultado de acciones humanas que se han orientado a incrementar los talentos naturales con algo nuevo que hasta ahora no existía». Rudolph llama a este tipo de acción «innovación», con lo cual quiere significar un potencial general del hombre, que, sin embargo, se materializa sólo dentro de ciertos grupos humanos y depende de las circunstancias; de tal forma que los resultados de tal innovación individual y colectiva puede tomar formas muy diferentes. De acuerdo con esto, se define «cultura» como «la totalidad de los resultados de la innovación»⁷.

En contraste con la etnología de la primera mitad de este siglo, las investigaciones más recientes enfatizan el hecho verificable de que la identidad, culturalmente conformada, de los grupos étnicos no necesariamente representa un concepto completo. Las comunidades culturales no conducen necesariamente al desarrollo de la unidad política y, a la inversa, la heterogeneidad cultural de ninguna manera impide la formación de sistemas políticos unificados.

Un rasgo fundamental de la década de los 80 fue el reforzamiento mutuo de las tendencias hacia la crisis política y las acciones de protesta étnico-sociales. La pérdida creciente de legitimidad por parte de los gobiernos monopartidistas, que se derivó del fracaso en sus intentos de estimular el desarrollo, condujo, prácticamente por omisión, a la politización de la etnicidad. Para aquella minoría afectada por una carestía relativa, la etnicidad representa la forma más accesible de defender sus propios intereses. Mientras más se vea atacada su existencia por parte del Estado (como ha ocurrido con la propiedad de la tierra en Senegal, la identidad cultural en Sudán, la exclusión del poder político en Zimbabwe) más integrada será la movilización política de intereses en nombre de todo el grupo étnico.

Dentro del marco de los conflictivos procesos de formación del Estado y la nación, debe establecerse una distinción conceptual y sustantiva entre los grupos étnicos políticamente activos y que realmente existen, y el fenómeno de la «etnicidad impuesta» como un producto típico de la era colonial. En ese período no era raro que los gobernantes coloniales inventaran «grupos étnicos» completos para sus propios propósitos. Pueden servir de ejemplo los gobiernos coloniales británicos de Nigeria, Rhodesia y Uganda, que declararon a los linajes, clanes o asociaciones aldeanas existentes como «tribus» con jefes responsables, de manera tal de poder nombrar y

⁷Rudolph, cit., pp. 42-43.

hacer responsables de la supervisión de trabajos forzados y la recaudación de impuestos a las personas encargadas. De esta manera artificial, con el transcurso del tiempo surgieron «grupos étnicos» identificables y con tradiciones propias, cuyos miembros desarrollaron una conciencia de sus peculiaridades como grupo étnico-social a través de su función en la división colonial del trabajo. Esto se reflejó en la definición creada por el cientista social nigeriano Ohvudiba Nnoli: «la etnicidad es un concepto universal para la comprensión de un fenómeno que el racismo colonial denomina tribalismo»⁸.

El grupo étnico combina una dimensión subjetiva de orígenes o «identidad como nación» con la dimensión objetiva de los intereses materiales o culturales. Sus miembros tienen valores, tradiciones y aspiraciones comunes que proporcionan la base para su movilización con propósitos políticos, económicos y sociales comunes. En contraste con otros grupos (grupos de intereses socio-económicos tales como los sindicatos) un grupo étnico es una organización social con una base cultural⁹. En común con otros grupos tiene un objetivo que a) se orienta hacia la participación; b) actúa de una manera relacionada con el poder; o c) relacionada con los valores.

En sentido ideal, la pertenencia a un grupo étnico no se basa ni en una decisión conciente ni en contribuciones, sino en las características y habilidades del individuo consideradas innatas o cultivadas, y que no fueron elegidas voluntaria o concientemente. Para los grupos étnicos, su carácter adscriptivo es el factor determinante; la pertenencia a un grupo étnico es considerada por sus miembros como «de nacimiento»¹⁰.

En un contexto histórico, sin embargo, el carácter adscriptivo de la pertenencia a un grupo disminuye de importancia, ya que los grupos étnicos son variables, es decir, flexibles y cambiantes a través del tiempo. De acuerdo con Melson y Wolpe, bajo condiciones de movilidad social, los grupos étnicos tienden a extenderse más allá de sus fronteras tradicionales al acoger en su seno a grupos e individuos que son vistos como socios útiles en la competencia por los recursos escasos¹¹. En esos casos, la superación de las fronteras representa más una multiplicación de las iden-

⁸ Okwudiba Nnoli: «Tribalismus oder Ethnizität: Ideologie gegen Wissenschaft» en Jestel, R. (ed.): *Das Afrika der Afrikaner. Gesellschaft und Kultur Afrikas*, Fransfort, 1982, p. 99.

⁹ Ver Naomi Chazan, Robert Mortimer, John Ravenhill, Donald Rothchild: *Politics and Society in, Contemporary Africa*, Hampshire-Londres, 1988, p. 102.

¹⁰ Donald Horowitz et al.: *Ethnic Groups and Conflicts*, Berkeley, 1985, pp. 56 y 57.

¹¹ Ver Robert Melson y Howard Wolpe: «Modernization and the Politics of Communalism: A theoretical perspective» en *The American Political Science Review*, vo. 64, 1970, pp.1112- 1130; v. asimismo Robert H. Bates: «Modernization, Ethnic, Competition, and the Rationality of Politics in Contemporary Africa» en Rothchild D. y Victor Olorunsola (eds.): *State versus Ethnic Claims: African Policy Dilemmas*, Boulder-Colorado, 1983, págs. 152-171).

tidades sociales que la sustitución de aquellas. La etnicidad se convierte en un instrumento, en motor para las acciones políticas, sobre todo en las ciudades, y especialmente en aquellos casos en que grupos de intereses basados en la etnia se involucran en el proceso político de asignación de valores esenciales como son tierra, poder, religión, prestigio - es decir, recursos esenciales para la supervivencia -. Por esta razón, se ha establecido una distinción ente los grupos étnicos urbanos y las comunidades tribales rurales.

Se infiere por tanto que los grupos étnicos son ahora estructuras mucho menos estáticas, estables, de composición homogénea y valores coherentes, y claramente definibles, que en el pasado. La modernización trae consigo el fenómeno de integraciones superpuestas. En el contexto psicológico de múltiples identidades, la etnicidad es simplemente uno de los numerosos rasgos de identificación. Pero las consecuencias sociales de esta característica son precisamente las que menos puede ignorar el individuo. La expresión «grupo étnico» es una abstracción lingüística que ayuda a distinguir este tipo de formación grupal de otros grupos, en base a sus características específicas, pero al mismo tiempo es capaz de extenderse a una diferenciación conceptual ulterior entre «pueblo», «clan» y «linaje». Sin pretender ofrecer una definición final, se podría lograr un consenso sobre el uso del término «pueblo», atribuyéndolo a un grupo que se considera a sí mismo como una comunidad político cultural que a) sobrepasa cierto tamaño y b) permite y posibilita una mayor diferenciación social en diversos subgrupos . De acuerdo con esto, el tamaño y la coherencia interna serían los dos criterios para distinguir entre «pueblo» y «grupo étnico», mientras que los dos elementos cohesionantes serían una historia común, real o ficticia, y los valores fundamentales.

El racismo. Una forma extrema de etnicidad política

El fenómeno de la «frontera étnica» se ha desarrollado sistemáticamente dentro del racismo ratificado por el Estado, cuya esencia estriba en la autoexaltación de un grupo con superioridad física y una discriminación proporcional contra los demás grupos. Albert Memmi ha definido el racismo como «la valoración generalizada y absoluta de diferencias reales o ficticias en provecho del acusador y en detrimento de la víctima, de tal manera que se justifiquen los privilegios o la agresión del acusador»¹². La discriminación contra grupos de personas diferentes ha ocurrido en todas las culturas y períodos históricos. El racismo no comienza con el traslado masivo de esclavos africanos hacia América. La «etnización», en la forma de discriminación racial contra otros, fue un medio efectivo, y por eso muy popular, de mante-

¹² Racismus, Francfort, 1987, p. 103.

ner bajo el costo de la mano de obra y de proporcionar a la injusticia social un manto de legitimidad. Sudáfrica, con su doctrina, tan aberrada como absurda, del desarrollo separado de las «razas» (consideradas como desiguales y biológicamente diferentes), ha ejercido una forma extrema de racismo de fondo económico que se mantiene hasta hoy. Bajo el colonialismo europeo, el racismo floreció en Africa en forma de trabajo forzado en las colonias y discriminación contra los individuos no blancos. Aun en el Africa poscolonial, las variantes racistas de los conflictos bélicos se cuentan entre las peores ocurrencias de la etnicidad política (Sudán, Burundi, Liberia). En consecuencia, en el racismo hay una extraña continuidad; extraña porque al mismo tiempo que tiene tan diversas funciones, se encuentra como un tipo de conducta política en todos los sistemas sociales multiétnicos universales y es, por lo tanto y en último análisis, muy difícil de explicar.

Algunos analistas del sistema mundial moderno, tales como Imanuel Wallerstein y Fernand Braudel han planteado la tesis de que el racismo ha tomado importancia política y económica global, sólo desde el crecimiento de una economía capitalista mundial. El racismo, bajo la forma de la etnización de la fuerza de trabajo, sirvió para establecer la superioridad de un grupo - el dominante - sobre otros grupos inferiores, para de esa manera permitir y justificar la apropiación de ventajas económicas. Sin embargo, en el Africa poscolonial, la importancia funcional del racismo está cambiando; ahora ya no es tanto una cuestión de discriminación económica, sino más bien un medio para impedir que otros grupos participen en el poder político. Es cierto que la agresión, apoyada por el Estado, contra los asiáticos y «libaneses» ricos residenciados en Africa oriental y occidental sugiere motivos económicos (codicia y envidia en Uganda), pero los disturbios raciales periódicos en Burundi, Sudán, Chad, Marruecos, Argelia y Etiopía señalan claramente que el motivo es asegurar el poder mediante la exclusión de las minorías.

La beligerancia aguda de la etnicidad politizada

Bajo condiciones de amenaza externa en tiempos de guerra, la etnicidad viene a ser un asunto de vida o muerte. La protección de la vida y de la familia sigue estando más garantizada en las comunidades que tienen orígenes comunes, con sus preceptos de solidaridad y obligación mutua. Por esta razón, las tensiones étnicas, o inclusive las simples diferencias culturales entre los grupos étnicos vecinos, se incrementan bajo las condiciones de guerra civil hasta llegar al extremo de una insensata destrucción mutua (en Sudán; también en Mauritania y Senegal desde 1990).

A pesar de algunos intentos de los Estados poscoloniales por restar importancia, o inclusive negar totalmente la existencia de factores étnicos, o simplemente presentar a las «tribus» como invenciones de los colonialistas europeos, los acontecimientos reales en los Estados proclives a la inestabilidad política han puesto claramente en evidencia la virulencia de los conflictos étnicos. No es posible entender las rivalidades políticas involucradas en la formación del gobierno del Sur de Sudán - el Alto Consejo Ejecutivo de Juba, entre 1972 y 1982 - si no se tiene algún conocimiento sobre los conflictos centenarios entre los Dinka - que en términos numéricos conforman el grupo étnico más grande del Sur - y los otros pueblos del Nilo del Sur (como los Nuer, Shilluk, etc.). De la misma forma, los cruentos conflictos ocasionales en Zimbabwe entre los principales grupos étnicos con diferentes orígenes y programas políticos (especialmente entre los Shona y los Ndebele, a pesar de que no son en sí mismos políticamente homogéneos) sólo pueden entenderse desde la perspectiva de que el progreso económico y el éxito político no fueron posibles por un criterio de actuación individual sino sólo gracias a las oportunidades de participación colectiva. Este factor implícito ha exacerbado las luchas por obtener participación política en el contexto nacional y condujo finalmente a la confrontación militar. En este contexto político de obtener beneficios particulares (sectoriales) del Estado - considerado como el «asignador general ideal» - ha habido un incremento en la etnicidad militante en muchos lugares de Africa. Ciertos líderes individuales lo han empleado como un arma en su lucha política por obtener poder e influencia personal en las instituciones gubernamentales.¹³

En Africa las guerras civiles o internas se han producido casi siempre en relación con la defensa de bienes preciados, escasos o indivisibles, o con los intentos de acceso a los mismos; muy especialmente la participación en el poder, los ingresos, el prestigio, los recursos petroleros y las ayudas para el desarrollo. Una característica general ha sido la etnicización de las políticas, con consecuencias fatales para las partes involucradas en guerras civiles; esto se puede ilustrar mediante un resumen de las virulentas guerras civiles en el Africa negra para 1991:

Angola. «Unita», el movimiento político de los Ovimbundu, que representan el 36% de la población en el Sur del país, ha estado combatiendo desde 1976 contra el «socialismo» del partido gobernante, MPLA, en un intento por lograr participar en el gobierno.

¹³Dennis L. Thomson y Dov Ronen (eds.): *Ethnicity, Politics and Development*, Boulder-Colorado, 1986.

Etiopía. Tres guerras civiles. Los eritreos, tigrenses y oromos han estado combatiendo, en algunos casos por décadas, por la autodeterminación cultural nacional o por un Estado independiente, primero contra el Estado imperial y luego contra el Estado central «socialista», de la población central predominantemente amárica.

Liberia. En 1980, Samuel K. Doe dirigió el violento derrocamiento de Tolbert, con lo cual puso fin a cien años de dominación de los américo-liberianos. A partir del gobierno de Doe - quien sólo hacia el final de su mandato pudo contar con el apoyo de su grupo étnico, el Krahn - se inició un período de diez años de etnización de la política, que condujo finalmente, en 1990, al asesinato de Doe por miembros de otras tribus. Desde que Doe usurpó el poder en 1980, se han presentado luchas por el poder, étnicamente estructuradas, y de una brutalidad «hobbésica». En 1990/1991 las luchas internas llevaron al país al caos total, lo cual provocó una intervención militar por parte de países limítrofes.

Mali. Desde junio de 1990 el «Moviment Islamique de la Libération de L'Azaouad» (MILA, o «Mouvement Populaire de L'Azaouad», MPA) ha estado luchando por una cuota justa de ayuda alimenticia así como también por la identidad cultural de los Tuareg.

Mozambique. Desde 1978, las bandas de RENAMO - creadas inicialmente por Rodesia y Sudáfrica como un instrumento servil para la desestabilización del gobierno del FRELIMO - han estado combatiendo contra el sistema (ex-)socialista de unidad partidista.

Rwanda. Desde octubre de 1980, el «Frente Patriótico de Rwanda», cuya base la conforma la minoría Tutsi, ha estado combatiendo contra el gobierno dominado por los Hutu para conseguir tierras y una participación mayor en las cuestiones políticas. En la vecina Burundi, que presenta la misma mezcla étnica, las relaciones políticas se invierten, allí la minoría Tutsi mantiene sometida a la mayoría Hutu con medidas brutales.

Senegal. El «Mouvement des Forces Démocratiques de Casamance» ha estado combatiendo desde abril de 1990 por mayor autonomía o por la separación de Casamance, región extensamente poblada por los Diola.

Somalia. Tres clanes regionales, especialmente el Issaq de la zona norte, estuvieron combatiendo desde 1989 contra el gobierno de Mohammed Siad Barre y su clan, el

Marehan, que cada vez más se reservaban para sí los cargos públicos lucrativos, hasta que este régimen dictatorial fue finalmente derrocado a comienzos de 1991.

Sudán. El «Sudan People's Liberation Army», SPLA, una «organización de liberación» y de protesta de los africanos no musulmanes del sur, ha estado combatiendo en este país desde 1983 por mayor autonomía y una cuota justa de poder en un «Nuevo Sudán» y contra la hegemonía árabe-musulmana del gobierno central. Desde 1983, la segunda guerra civil le ha costado la vida a varios cientos de miles y ha transformado en refugiados dentro de su propio país a millones de sudaneses del sur. Este es probablemente el primer caso del Africa poscolonial en que un gobierno (musulmán) acepta conscientemente - o tal vez intenta - un etnocidio.

Chad. En noviembre de 1990, el «Mouvement Patriotique du Salut», MPS, del sur del país derrocó al dictador Habré, quien se había mantenido en el poder apuntalado por una guardia presidencial compuesta por 900 hombres de su grupo étnico, los Akanaza. El derrocamiento ocurrió después de que fracasaran los tibios intentos de Habré por lograr un acuerdo entre los diversos grupos étnicos africanos y árabes y agrupaciones partidistas sobre el problema del reparto apropiado de cuotas de poder.

Uganda. Bandas de bandoleros fuertemente armados y organizados sobre bases étnicas, junto con fracciones del ejército del depuesto dictador Idi Amin (1971-1979), continúan combatiendo en el norte del país contra el gobierno de Yoweri Museveni. Idi Amin había purgado el aparato del Estado y el ejército, eliminado a los miembros de los grupos étnicos Langi y Acholi del depuesto Milton Obote (alrededor de 300.000 muertos), y en su retorno al poder Obote desató una brutal venganza contra los grupos étnicos que habían apoyado a Amín (entre 350.000 y 400.000 muertos).

Este recuento de guerras civiles en Africa es sólo una muestra de la situación política a comienzos de 1991 y no toma en cuenta diversas áreas de tensión (en Camerún, Zaire, Nigeria, etc.). Se pueden extraer, no obstante, tres conclusiones:

1) Las guerras civiles en Africa no son tanto la continuación de políticas por otros medios, como más bien un sustituto de las políticas civiles que involucran la totalidad del Estado. Se producen principalmente porque los legítimos reclamos de los grupos étnicos y regionales (minorías), por una participación «justa» en el poder o por la autonomía cultural frente al poder estatal centralizado, son ignorados y luego suprimidos, sin que medie la búsqueda de ninguna alternativa. En ninguna par-

te, con la excepción de algunos pasos iniciales en Nigeria y Tanzania-Zanzíbar, se ha hecho un esfuerzo serio hacia el federalismo cooperativo, como posible alternativa a un Estado monopartidista mantenido por medios coercitivos.

2) Mientras más amenazado se encuentra un régimen presidencial, mayores son sus esfuerzos por obtener lealtades étnicas que le permitan mantener el poder, aunque precisamente esa táctica es la que más acelera el derrocamiento de las camarillas gobernantes al provocar la formación de alianzas étnico-políticas de oposición (Uganda, Somalia, Benin).

3) La oposición política a gobiernos dictatoriales muchas veces se basa en tesis programáticas como la defensa de los derechos humanos, las elecciones libres, el control del poder, la participación en los ingresos del Estado; pero la forma de articulación de intereses, a falta de otra alternativa, toma a menudo una apariencia étnico-regional, lo cual resulta barato y cómodo.

El dilema de si las tensiones étnicas y las demandas encontradas conducirán necesariamente a conflictos violentos o pueden ser solucionadas por medios pacíficos, parece depender en primer lugar de la sensibilidad y destreza política del gobierno y los dirigentes del partido gobernante. En este sentido, hay que contar a los presidentes Leopold Senghor de Senegal y Kenneth Kaunda de Zambia, junto a Félix Houphouët-Boigny de Costa Marfil, entre los líderes más hábiles y perspicaces, en contraste, por ejemplo, con Milton Obote de Uganda, Siad Barre de Somalia y el ex dictador Jafar Numeiri de Sudán, quienes con su arbitrariedad han provocado acciones de protesta étnico-sociales por parte de grupos desposeídos. El estilo de liderazgo político de un jefe de Estado que es a la vez presidente del partido gobernante, tiene mayor importancia en Africa, como factor que puede determinar si van a prevalecer los métodos cooperativos o de consenso, o los de tipo represivo-conflictivos, que en otros países más avanzados industrialmente, donde es mucho mayor el nivel de institucionalización de los procesos políticos.

En las sociedades poscoloniales, que dependen de condiciones políticas subyacentes, la etnicidad ha sido y sigue siendo un fenómeno muy real y potencialmente explosivo, que, sin embargo, es flexible en su funcionalidad política. Para el individuo, la etnicidad sólo representa una característica que le otorga identidad a un grupo. En general, esa característica complementa o compite con otros factores, como son: la generación, el sexo, la asociación ocupacional, la clase social, la raza y la religión. Cada persona tiene múltiples identificadores que pueden complementarse, reforzarse o hasta contradecirse entre sí. Cuál identificador prevalece, depen-

de de la situación política y también de la decisión del individuo sobre cuál de ellos promete mayores beneficios subjetivos o mayor bienestar. Es así que, por ejemplo, en la guerra civil sudanesa el hecho de estar concientes de ser no-musulmanes no evitó que un millón de sudaneses del sur abandonara a sus propios compañeros de tribu y huyera de su región de origen hacia la ciudad capital, Khartoum, donde sus opositores políticos, de una procedencia religiosa diferente, (árabes y musulmanes) son los que toman las decisiones. Pero la ciudad capital, llamada «nuestra capital» por muchos de estos refugiados sudaneses del Sur, aparentemente ofrece mayor protección contra el exterminio que su región de origen, dominada por la organización política de los Pueblos del Nilo Africano (el SPLA de J. Garang).

Los problemas de construir una nación

En el caso de los Estados poscoloniales africanos, la politización de la etnicidad, que depende de las variables de cada situación, se hace mucho más evidente durante los procesos de construcción de las naciones que en el contexto de formación de las clases. La etnicidad ha funcionado frecuentemente como un concepto que contrasta negativamente con el ideal de nación plasmado en el lema: «una Zambia, un partido, una nación, un presidente». Ante ese enfoque se debe replicar que la formación de una nación debe fundamentarse sobre una base sólida de componentes sociales que hayan madurado lentamente a partir de estructuras históricas y valores colectivos. Por esta razón, ningún Estado nacional del Tercer Mundo con una orientación moderna podrá ser viable o adaptable sino integra sus peculiaridades tradicionales, vale decir, sus particularidades étnico-culturales. La etnicidad y el modernismo son contradictorios solamente en la cabeza de ciertos políticos e intelectuales.

La tarea histórica que enfrentaron los primeros gobiernos poscoloniales hace aproximadamente 30 años - unificar países de diferentes tamaños, que nunca antes habían sido unidades políticas, con poblaciones que en mayor o menor grado eran heterogéneas y que en ningún momento de su historia habían tenido entre sí un sentido de comunidad nacional - presentaba objetivamente un gran desafío para el que esos gobiernos no estaban adecuadamente preparados. Si por naciones se entiende las comunidades políticas unidas voluntariamente, tal como se han desarrollado en la historia de Europa, que eventualmente desarrollaron constituciones democráticas después de largas luchas de clase (antifeudales y bajo el liderazgo de las clases medias urbanas) en el contexto de la implementación del mercado capitalista, entonces la lucha por la descolonización produjo Estados pero no naciones. En

contraste con la experiencia europea, el proceso de desarrollo de las naciones en Asia y Africa se dio en sentido inverso. Se comenzó por trazar fronteras entre los Estados ; fronteras muchas veces arbitrarias, heredadas del poder colonial europeo y que delimitaban Estados coloniales, sin ninguna verdadera nación para mantener la soberanía política. La transformación, con propósitos políticos, de esos territorios coloniales en Estados-nación desarrollados, modernos y soberanos, necesariamente representaba una agresión contra las autoridades tribales tradicionales. El hecho de que al despojar de poder y dignidad a esas autoridades tradicionales se estaba destruyendo también un importante mecanismo funcional de gobierno local, sólo fue reconocido y lamentado por los planificadores oficiales del desarrollo mucho tiempo después (por ejemplo, cuando se consideró conveniente la movilización de la población rural para trabajos relacionados con el desarrollo). Actualmente, en muchas partes están confiriendo más importancia funcional a las autoridades tradicionales, ya que éstas han demostrado que son más estables y resistentes que los partidos o los regímenes políticos.

Frente a la «crisis africana», la etnicidad politizada comenzará a funcionar como un sustituto de la ideología del nacionalismo, que ahora ha perdido toda su credibilidad. El evidente incremento de la conciencia de los grupos étnicos debe verse como una reacción racional bajo condiciones de crisis, ante una alianza social que fue primero promovida y luego frustrada. Si el Estado o el partido único ya no son capaces de producir lo que prometieron en un principio o lo que la población cree que debería producir, entonces el individuo depende más que nunca de la solidaridad de su familia ampliada, su clan, la aldea de origen, su grupo generacional, sus conexiones étnico-políticas con el poder, etc. Esto se aplica en mayor grado a quienes habitan en áreas rurales que a los residentes urbanos, y más en las regiones de medio ambiente amenazado y que presentan un rápido crecimiento de la población, que en las zonas escasamente pobladas. Mientras en Africa no existan sistemas legales o administrativos confiables a largo plazo, que puedan garantizar la supervivencia material del individuo más allá de las fronteras de la familia ampliada, la solidaridad étnica seguirá siendo una necesidad funcional ¹⁴.

El Estado blando

Cynthia Enloe ha definido el dilema general que enfrentan los sobreexigidos gobiernos de los países subdesarrollados en los siguientes términos:

«En los tiempos modernos, el subdesarrollo crea la necesidad de reemplazar la fragmentación en el nivel local por una autoridad central. Sin embargo, una centra-

¹⁴Ver O. Nnolo, cit., p. 124.

lización efectiva, que sea lo suficientemente fuerte para controlar las fuerzas desintegradoras, requiere recursos que están por encima de las posibilidades de los países subdesarrollados»¹⁵.

Este comportamiento de un gobierno dependiente de la obtención de recursos se hace particularmente evidente en épocas de recesión económica. La modernización de la economía nacional - que en sí misma es un proceso de desarrollo social regional desigual - no crea diferencias étnico-sociales, sino que simplemente las pone totalmente en evidencia. En una situación de crisis, no pueden mantenerse más algunos servicios y beneficios que hasta entonces se habían suministrado, ni siquiera hay una justa distribución de las cargas de adaptación a la crisis ni del inevitable sufrimiento que ésta causa. El sistema político pierde legitimidad. A pesar de su poder usurpado y de su fuerza represiva, es internamente débil, el «Estado blando» (expresión acuñada por Myrdal en 1968) se caracteriza por su pobre capacidad de integración y su débil capacidad gerencial¹⁶.

En Africa el Estado blando se caracteriza, por una parte, por la ausencia de predictibilidad y disciplina en todas sus actuaciones políticas y, por la otra, por una carencia crónica de conocimientos prácticos a nivel público y de recursos para ejercer autoridad. Se ignoran las leyes y regulaciones sin que haya sanciones para los que las quebrantan. Los procesos burocráticos son entorpecidos por funcionarios incompetentes con lo que se daña la imagen profesional del funcionario y éste pierde motivación; no hay control del gasto público, etc. En tal situación, ninguna clase es lo suficientemente dominante como para garantizar la reproducción de un sistema macroeconómico dado ¹⁷, lo cual debe traer consecuencias negativas para los inversionistas y para la inversión productiva. Esta situación sólo promueve el crecimiento en un área, que es la de la clase estatal burocrática y parasitaria, la nomenclatura africana, y es poco probable que ella por sí sola esté en capacidad de reestructurar los gobiernos, transformándolos en un instrumento eficiente que estimule el desarrollo, aun si se da la conjetura favorable de que un grupo de reformistas tome las riendas. La clase burocrática es al mismo tiempo la madre adoptiva y el producto del «Estado blando». El parasitario sector económica es su caldo de cultivo financiero.

Por encima de todo la clase gobernante, intervencionista y consumista representa un obstáculo para la formación de un sistema de mercado que funcione, con la consecuencia de que a los pequeños productores del campo les parece más atractiva la tradicional «economía de compromiso» que un sistema de mercado que funciona

¹⁵Cynthia Enloe: *Ethnic Conflict and Political Development*, Boston, 1973, p. 92.

¹⁶Gunnar Myrdal: *Manifest der Armut*, Francfort, 1968.

¹⁷Chazan et al., cit., p. 134.

deficientemente¹⁸. En la economía de compromiso, los factores decisivos son los orígenes, los nexos familiares, los lazos tribales, las sociedades secretas y religiosas, y no las agencias estatales. De esta forma, la etnicidad gana importancia como factor determinante de la actividad política, especialmente en las áreas rurales y en todos los sectores de la economía informal.

Puede afirmarse, en consecuencia, que la improductividad administrativa y la desconfianza política que produce el Estado blando aumenta la importancia funcional que tiene la etnicidad para el individuo. Esta también es una variable generalizada de la etnicidad politizada.

El cambio funcional de la etnicidad

Los casi 300 años de intervención en Africa - frecuentemente circunscritos con el eufemismo de «desarrollo» después del choque cultural con los Estados coloniales europeos - se pueden dividir en tres fases históricas: esto es, vistos como un proceso de comunicación creciente entre los grupos étnicos y las regiones, culturas y religiones, iniciado y promovido por el Estado burocrático del país colonialista respectivo, originalmente, y por el del país en desarrollo, en nuestros días. Este proceso conduce a una creciente pérdida de autonomía de los grupos individuales - una autoridad ejecutiva que se ha incautado el Estado poscolonial, especializado en concentrar el poder y evitar el cuestionamiento, sin que haya sido capaz de proporcionar suficientes beneficios a cambio.

En la primera fase, la era pre-colonial, diversos grupos étnicos convivían en una relativa independencia en una región política o cultural. Es cierto que también hubo guerras en esta fase, en relación con los campos de pastoreo, el ganado, la mano de obra, el prestigio, la expansión territorial, etc. Pero el modelo básico de comunicación interétnica fue el intercambio creciente más o menos voluntario de bienes complementarios. Los principios operativos del intercambio eran el beneficio mutuo, la reciprocidad, la libre voluntad y la negociación directa en caso de conflicto, sin la intervención de entes políticos mediadores, neutrales o extranjeros. Cada grupo étnico regional actuaba como una comunidad relativamente autónoma en la medida en que estuviera organizado políticamente y que los grupos vecinos no lo reprimieran. Era capaz de sustentarse con su propio trabajo. Inclusive en aquellos casos en los que el comercio exterior - de oro, sal, telas, frutas - tenía una parte importante (para el enriquecimiento de los clanes dirigentes) no existía esa dependen-

¹⁸ Goran Hyden: No Shortcuts to Progress. African Development Management in Perspective, Londres, 1983.

cia que caracteriza la situación actual, de utilización de mano de obra nacional para la venta de bienes en los mercados mundiales. La autonomía de las comunidades políticas, grandes o pequeñas, incluían el derecho y la necesidad de producir su propia seguridad; si era preciso por la fuerza de las armas o colocándose bajo la protección de países vecinos más grandes y ricos.

La segunda fase de desarrollo, la fase colonial, trajo una restricción considerable de la autonomía de todos los grupos que se gobernaban a sí mismos políticamente, y que fueron entonces degradados a súbditos coloniales. Por primera vez, grupos étnicos agrupados arbitrariamente fueron puestos bajo la protección de un sistema político administrativo. Las fronteras trazadas por los mandatarios coloniales cambiaron el pluralismo informal de grupos vecinos relativamente independientes. El gobierno colonial extranjero, con su nuevo aparato administrativo y represivo, juntó a los grupos étnicos en forma coercitiva. En lugar de numerosos jefes y residencias reales, puertos y mercados, se estableció una capital central burocrática. De esta manera, las autoridades tradicionales perdieron importancia funcional y política, inclusive en los lugares donde se introdujeron sistemas de gobierno indirecto.

Además de una administración unificada con un idioma (europeo) oficial, de un nuevo signo de monetario para todo el «territorio protegido» y de un sistema legal y educativo impuesto desde arriba, se desarrolló también una división del trabajo entre las regiones (áreas económicas), y los grupos étnicos de la colonia, para servir a la «madre patria» colonialista. Para las poblaciones involucradas, la única novedad que se introdujo consistió en que con el «desarrollo» progresivo dejaban de ser capaces de sustentarse a sí mismas como comunidades de base territorial o cultural. Con la excepción de los grupos étnicos de las regiones periféricas, que fueron administrados como protectorados separados o distritos cerrados y que por lo tanto plantearon dificultades especiales en el proceso de formación de la nación después de la independencia, los grupos étnicos se tornaron dependientes de la ciudad capital, de los intercambios económicos con otros grupos étnicos, y finalmente también del mercado mundial para poder sobrevivir.

En contraste con los países capitalistas del corazón de Europa, Africa fue «civilizada» en una forma extremadamente dispar tanto en los niveles como en el tiempo, es decir, experimentó olas de modernización. Los diferentes niveles de modernización heredados de la era colonial, y frecuentemente acentuados después por subsecuentes decisiones políticas en muchos países africanos de independencia reciente, tendieron las bases del desarrollo desigual que existe actualmente, tanto entre los diferentes grupos étnico-sociales como entre las diferentes regiones de los países.

Este proceso tuvo importantes implicaciones para las relaciones entre las clases, ya que esas disparidades abarcaban el ingreso, la ocupación y el estatus. De esta manera, la modernización contribuyó al desarrollo de un nuevo sistema de estratificación social que produjo una competición entre las clases tradicionales y las modernas por los escasos recursos controlados por el Estado ¹⁹. Esto condujo al típico acoplamiento o ensamblaje de los patrones de identidad étnico-culturales con aquellos que surgen de la actividad económica. La clase y el etnicismo como medios de identificación se basan en actitudes diferentes - Sin embargo, en la práctica, muchas veces se complementan y se refuerzan mutuamente.

En la tercera fase del desarrollo de una etnicidad políticamente relevante, es decir, la fase poscolonial con los intentos gubernamentales de formar una nación la etnicidad es oficialmente etiquetada como «tribalismo», y es (mal) entendida como la antítesis del concepto, positivamente considerado, del nacionalismo. El término «tribu» es visto como un valor central de la sociología de la hegemonía y por lo tanto se le evita ²⁰. A los ojos de la nueva clase gobernante, la «administración nativa» de regiones parceladas y grupos étnicos separados era el epítome del mal gobierno, la expresión de una división supuestamente vergonzosa de la nación indivisible. Por tal razón, las jefaturas que quedaban en muchos países fueron formalmente abolidas (Guinea), o si no se degradó el estatus social de los jefes (Ghana, Zambia, Tanzania, etc.). La creación de un partido único (muchas veces no por consenso total) fue justificada frecuentemente con la necesidad de superar la «herencia colonial» de las administraciones centralizadas nativas. Siempre se hizo aparecer al pluralismo étnico, y por supuesto a cualquier forma de diversidad política, como una amenaza para la unidad nacional y para la prioridad política esencial de iniciar el desarrollo social por medio de la planificación estatal y de la ayuda extranjera para el desarrollo. En un esquema político de este tipo, el pluralismo étnico actuaba como un cuerpo extraño; lo que se quería no era que el pueblo compartiera el poder, sino ejercer un control político sobre la gente, que era llevada al extremo de la privación de sus derechos y de la «apatía» política.

Conclusión

Actualmente, en las fases finales de la tercera etapa del «desarrollo», en las cuales se han hecho más que evidentes las deficiencias de la primera generación de sistemas presidenciales monopartidistas, han madurado las precondiciones objetivas para un aumento funcional de la etnicidad:

¹⁹Ver Chazan et al., cit; y Bates, cit.

²⁰Crawford Young: *The Politics of Cultural Pluralism*, Madison, 1986, p. 442.

1. Como un principio de organización política en la competencia por la redistribución del poder político, la etnicidad tendrá un papel cada vez más protagónico en la consolidación de los partidos y las elecciones parlamentarias; tal como lo tuvo anteriormente en la obtención de la independencia, pero ahora en forma más acentuada por la crisis económica y la experiencia negativa de la población con los regímenes tiránicos. No sería sorprendente si en el curso de la segunda ola de democratización, y en la competencia por el poder político, se desarrollara un nuevo tipo de maquinaria partidista con énfasis en lo étnico y un cierto grado de vuelta atrás hacia los viejos partidos étnicos del período de las luchas independentistas.

2. Para el individuo, la etnicidad continuará teniendo una importancia creciente como instrumento de orientación en los procesos de cambio social, mientras otros identificadores involucrados - como la clase social, la asociación ocupacional, el Estado nación, la comunidad religiosa, el partido de oposición, el movimiento guerrillero - sean incapaces de proporcionar nada que se parezca a esa pertinaz conciencia de seguridad existencial, que es el sentido de pertenencia a un grupo étnico específico, ya sea éste real o ficticio. Sin embargo, en el proceso de formar la nación, la etnicidad ha perdido finalmente su exclusividad como instrumento de orientación; el cuadro que se presenta ahora es uno de identidades múltiples en sociedades étnicamente plurales. La etnicidad, como una característica adscriptiva no sujeta al desempeño, proporciona la base para derechos y obligaciones de los que el individuo es menos capaz de apartarse.

3. Al comienzo de la década de los 90, hay algunos signos de que en Africa existe una nueva generación sin experiencia directa de colonialismo y que establece una relación menos tensa con su propio pasado, individual y colectivo. Al parecer, ya pasaron las épocas en que se rechazaba la etnicidad, oportunista o erróneamente, por considerarla supuestamente incompatible con la moderna formación de una nación. En la actualidad, en todas partes existen riesgos de que las crisis económicas y sociales puedan conducir a la erupción violenta de pasiones teñidas con un matiz étnico. Si esta etnicidad politizada se combina con el fanatismo religioso (como en la república de Sudáfrica, por una parte, y los grupos islámicos fundamentalistas, por otra), el resultado será una violencia indiscriminada por parte del racismo militante. Es por tanto deseable que haya información política y campañas educativas que muestren que la etnicidad es algo natural en tanto se respeten los límites de la tolerancia y de los derechos humanos.

4. La etnicidad no sólo puede ser puesta en función por y para el Estado, sino que también puede implementarse y manejarse para la defensa de minorías políticas (étnicas), especialmente como un medio de movilización en las luchas violentas por los cargos públicos, los fondos financieros y los puestos administrativos y militares, así como por tierras y agua como recursos esenciales, y en la defensa contra la penetración cultural-religiosa. También tendrá siempre un papel importante en la organización de la fuerza laboral como un medio efectivo de proporcionar mano de obra (barata), y también en la movilización de apoyo político (para todo tipo de propósitos). «La creciente frustración socioeconómica es un factor decisivo en el complejo de motivaciones que conducen a la etnicidad»²¹.

5. Si la política fracasa como medio de hallar un compromiso entre grupos sociales étnicamente heterogéneos y conflictivos, se puede anticipar que habrá un fortísimo aumento de las dos formas más inhumanas de etnicidad politizada: la guerra civil y el racismo manifiesto. Hasta ahora, la implicación de estas dos expresiones en etnocidios ha sido una excepción. Por mucho tiempo y con cierto éxito la clase gobernante prefirió la práctica mucho más frecuente del equilibrio étnico sobre una base recíproca (lealtad política a cambio de beneficios materiales). La nueva tarea que enfrentan los políticos africanos en la actualidad y en el futuro es la de construir instituciones políticas y ejercitar el arte de la tolerancia, de tal forma que la etnicidad pueda encontrar su sitio natural en una sociedad pluralista moderna, como la herencia cultural viviente de los pueblos.

Traducción: Nora López

*Nota: este ensayo ha sido elaborado con la colaboración de Christian Peters y Regina Wegemund; y es en parte el resultado de un proyecto sobre «Militante Konflikte in Afrika» (conflictos militantes en Africa), realizado bajo la dirección del profesor Dr. Rainer Tetzlaff, del Instituto de Ciencias Políticas de la Universidad de Hamburgo y patrocinado por la 'Deutsche Forschungsgemeinschaft (Asociación Alemana de Investigación). Los resultados de cinco casos de estudio (Mauritania, Senegal, Sudán, Zimbabwe y Zambia) aparecerán en tres volúmenes de la serie publicada por el 'Institute for Research on Africa': «Arbeiten aus dem Institut für Afrikakunde» (Ensayos del Instituto de Investigaciones sobre Africa).

Referencias

*Voslensky, Mikhail, SOWJETUNION IM WANDEL. WIRTSCHAFT, POLITIK UND KULTUR SEIT 1985. p262 - Darmstadt, 1989; Trautmann, G. - Nation und Welt.

*Weiter, Theodor, NATIONALITÄTENKONFLIKT UND VOLKSGRUPPENRECHT IM AUSGEHENDEN 20. JAHRHUNDERT DIE ENTWICKLUNG DES ETHNISCHEN KONFLIKTS. I. p90 - Munich, Bayrische Landeszentrale für Politische Bildungsarbeit. 1984; Winkler, Heinrich -- Ethnos und Kultur.

²¹Nnoli, cit., p. 125.

- *Deusch, Karl, NATIONALISMUS. p49-66 - Königstein i. T.. 1985; Fischer, Hans -- Ethnische Konflikte in der Dritten Welt.
- *Anónimo, ETHNOLOGIE. EINFÜHRUNG UND ÜBERBLICK. p53 - Berlín, Alemania. p1988; Jettel, R. -- Tribalismus oder Ethnizität: Ideologie gegen Wissenschaft.
- *Eikenberg, K., DEUTSCHES ÜBERSEE-INSTITUT HAMBURG. p70 - Munich, Alemania. 1987;
- *Barth, Fredrick, ETHNIC GROUPS AND BOUNDARIES. THE SOCIAL ORGANIZATION OF CULTURAL DIFFERENCE. - Londres, Inglaterra. 1970;
- *Nnoli, Okwudiba, DAS AFRIKA DER AFRIKANER. GESELLSCHAFT UND KULTUR AFRIKAS. p99, 124-125 -
- *Chazan, Naomi; Mortimer, Robert; Ravenhill, John; Rothchild, Donald, POLITICS AND SOCIETY IN CONTEMPORARY AFRICA. p102, 134 - Francfort. 1982; Rothchild, D.; Olorunsola, Victor -- Modernization and the Politics of Communalism: A theoretical perspective.
- *Horowitz, Donald, ETHNIC GROUPS AND CONFLICTS. p56-57 - Hampshire-Londres, Inglaterra. 1988; Modernization, Ethnic, Competition, and the Rationality of Politics in Contemporary Africa.
- *Melson, Robert; Wolpe, Howard, THE AMERICAN POLITICAL SCIENCE REVIEW. 64. p1112-1130 - Berkeley. 1985;
- *Bates, Robert H., STATE VERSUS ETHNIC CLAIMS: AFRICAN POLICY DILEMMAS. p152-171 - 1970;
- *Anónimo, RACISMUS. p103 - Boulder, Colorado. 1983;
- *Thomson, Dennis L.; Ronen, Dov, ETHNICITY, POLITICS AND DEVELOPMENT. - Francfort. 1987;
- *Enloe, Cynthia, ETHNIC CONFLICT AND POLITICAL DEVELOPMENT. p92 - Boulder, Colorado. 1986;
- *Gunnar, Myrdal, MANIFEST DER ARMUT. - Boston. 1973;
- *Hyden, Goran, NO SHORTCUTS TO PROGRESS. AFRICAN DEVELOPMENT MANAGEMENT IN PERSPECTIVE. - Francfort. 1968;
- *Young, Crawford, THE POLITICS OF CULTURAL PLURALISM. p442 - Londres, Inglaterra. 1983; Madison. 1986.

Este artículo es copia fiel del publicado en la revista Nueva Sociedad N° 129, Enero- Febrero de 1994, ISSN: 0251-3552, <www.nuso.org>.